

“Ana dice Milena: brasas y cenizas”

Nombre, número, brasas, cenizas: cántico para un amor insaciable, letanía por letras que no llegan a cifrarlo. Milena Jesenská y Franz Kafka: grafía de una pasión “mientras el mundo cae”, impronta de cuerpos signados por la distancia.

Kafka, “tan singular como un fénix”, pensó Borges. Él, como nadie, “un solitario espantado de la vida”, anticipó el desmoronamiento, la disolución de una humanidad que se resquebrajaba en sus límites. Ella vivió el colapso, el quiebre ético de las instituciones que un ser “desnudo entre hombres vestidos” había vaticinado.

Laten los cuerpos al compás de una ciega danza. El frenesí, una engañosa paz, la cínica idiotez de quien pretende no ver, velan el camino hacia la perversa industrialización de la muerte. Claudica la razón en una era marcada por restos.

“No entiendo”, dice Milena, “No entiendo”, seguimos diciendo. ¿Pero acaso en otros momentos cabía exigirle sentido a lo incomprensible cuando la pasión desbordaba los márgenes del deseo, cuando era intolerable que los cuerpos no estuvieran entrelazados de este lado de las cartas, cuando el ansiado semen no alcanzaba a volverse tinta y hallar la lengua que hiciera entender el hambre?

*

Instalada en marcas biográficas, en las cartas, en una historia que sigue teniendo tanto que ver con nosotros, Ana Arzoumanian historiza a la Jesenská. La Jesenská, que fue la primera traductora de un relato de Kafka al checo; la Milena que tuvo sus diarios, la que respiró amor y escribió su cuerpo como sólo puede hacerlo quien sabe pulsar el sabor del goce.

Es así que en este texto se siente cómo se desmiembran los imperios, las culturas, toda tierra, todo ser. Así enuncia la decadencia, el colapso, la entrega austríaca a la celebración del nuevo orden y luego la negación de la complicidad, la fractura de Checoslovaquia, los abandonos, el canje, las traiciones estalinianas, la persecución, la Shoá.

Así, también, el fin. Para Milena, en el campo de concentración de Ravensbrück, en 1944; para Kafka en Kierling, Austria, en 1924. La guerra terminó un año después de que de su cuerpo (número 4714 o 4711) solo quedara un diente, pero el legado del nazismo perdura. Ése es el sentido de los sitios de la memoria que recupera Ana Arzoumanian; lo que el nazismo supo sembrar en un surco fértil para el racismo, el antisemitismo, la xenofobia, la marginación, el odio, el rechazo de quien no reconocemos en el espejo. También perdura, a pesar de ello, la irrefrenable voluntad de (sobre) vivir.

*

Releo y hallo “cuerpos” diseminados en estas líneas que dialogan con la Jesenská de Ana. Pasión y lujuria; sudor y semen. Tras el verdugo: huesos carbonizados, cenizas al viento. Memoriosa historia sin perdón posible.

Tras las pérdidas que no cesan, perduran las cartas que no se quemaron. En la voz de Ana, su hogar hallan.

Saúl Sosnowski